

La ciudad y los perros (1963)

Un magnetismo brutal

Jorge Eslava

Pocos años después de publicada la novela, un amigo del barrio, que estudiaba en el Leoncio Prado, vino con la novedad: "Estoy leyendo una novela que está prohibida en mi colegio" y nos mostró un volumen bastante trajinado. Agregó que habían quemado un montón de libros en el patio del colegio y que habían impuesto la expulsión al alumno que sorprendieran con la novela. "Es como la peste", sentenció. Esta aura maldita me sedujo de inmediato. Le pedí que me la prestara hasta el día siguiente. Accedió y ahí mismo leí en voz alta, al azar, algunos pasajes para una alucinada pandilla de muchachos. Estoy seguro de que nunca se leyó nada más en aquella esquina de mi adolescencia. Me pasé la noche fascinado con la historia y al día siguiente pude terminarla a grandes saltos. Había quedado impactado. Se lo comenté a mi padre. Él sonrió y sacó la misma edición de sus estantes. "Quédatela", me dijo. Creo que por eso se la devolví a mi amigo.

Releída cuarenta años más tarde, la novela conserva su magnetismo brutal. Vargas Llosa apeló a una experiencia biográfica y a un entorno reconocible para entretener, sobre la base de sus demonios personales, una representación ficcional que abarca la dimensión de un país. El argumento no es sencillo: en el Colegio Militar Leoncio Prado —entonces casi en los extramuros de Lima y que congregaba a jóvenes de todos los sectores—, al cadete Porfirio Cava le toca, por un golpe de dados, robar el examen de química para el Círculo, la pandilla constituida por él y otros tres muchachos: Boa, Rulos y Jaguar, el líder indiscutido. Al hacerlo, rompe un vidrio. Los oficiales del Ejército —profesores del colegio— descubren

el robo y consignan a los imaginarios que hicieron guardia esa noche: el Jaguar, Ricardo Arana y Alberto Fernández, apodados estos últimos el Esclavo y el Poeta, respectivamente. Es Ricardo Arana quien denuncia a Cava, con la finalidad de salir del colegio y ver a Teresa, su amor platónico.

En la cuadra se sospecha de la existencia de un "soplón" que, poco después, encuentra la posible venganza del Círculo: en los ejercicios de campaña Ricardo Arana recibe un balazo en la nuca y muere días después. El Poeta delata al Jaguar, con la certeza de que



él es el autor del disparo. El teniente Gamboa realiza las investigaciones que no conducen a resolver el caso, sino a revelar la catadura de las autoridades militares y la degradación del sistema educativo autoritario que, ante la certidumbre de la erosión disciplinaria y moral, prefiere declarar el supuesto asesinato como un mero accidente y archivar el caso. El Epílogo de la novela sirve al lector para certificar lo que ha sido la experiencia escolar para todos sus protagonistas: una estación de paso, que los ha formado o deformado, para finalmente reintegrarlos a la sociedad civil.

La novela construye esta historia en un continuo vaivén de acciones y reflexiones que lleva los episodios del escenario cerrado (el colegio) al escenario abierto (la ciudad); es cierto que los movimientos tienen un eje candente —el colegio—, pero la dinámica de sus variantes es múltiple y explosiva: temas, voces, personajes, escenarios y tiempos tienen un comportamiento de impulsos y turbación admirables. Planteado en estos términos, el título de la novela adquiere su carácter alegórico: la dualidad según la cual los personajes provienen de la ciudad y luego de una estancia angustiada y violenta en el colegio militar, regresan a la sociedad y al mismo estrato del cual provenían. Alberto Fernández, por ejemplo, volverá a ser el joven miraflorentino que, luego de recusar la hipócrita conducta de su padre, continuará los pasos de ese modelo paternal perpetuando el mismo código burgués.

Los dos ámbitos de la novela mantienen una relación de permanente colisión y complementariedad. El movimiento sinuoso y pendular de estos dos escenarios termina por producir una común atmósfera de deshumanización. Pero es el colegio, sin duda, el núcleo generador de las acciones de mayor violencia y esto queda de manifiesto desde el inicio del libro. Tal como lo había hecho en el relato "Los jefes", el narrador inicia la novela con una acción detonante: la *apertura inmediata*, que ofrece la suma de los elementos primordiales de la historia. En la primera escena aparecen los miembros del Círculo, la voz inapelable del Jaguar, el pretexto de la acción —el robo del examen— y el personaje Cava obligado a ejecutarla. De esta escena inicial se desprenden la causa y las consecuencias de la historia.

Esta escena de los dados es uno de tantos rituales —tragos, masturbación, confesiones— que se realizan en el interior del colegio militar. Algunos espacios del colegio representan zonas liberadas, conquistadas por los estudiantes mayores como escenarios para la realización de actos propios de un código juvenil, reñido con el mundo adulto. Es de suponer que por este motivo el autor elige la ciudad de Lima y el colegio militar, pues ambos conforman el complejo mosaico del país. El Leoncio Prado concentra la afluencia de jóvenes de muy diversos sectores sociales y culturales, y además es una institución que presta otro elemento fundamental para el desarrollo de la historia: la jerarquía vertical

y férrea de sus autoridades, que contamina todas las relaciones humanas. Pues también los estudiantes mayores someten, con el mismo rigor, a los alumnos de niveles inferiores. Esta imposición se patentiza en el ritual de bautizo de los cadetes de cuarto año a los "perros" de tercero. Además de las rencillas entre mestizos y serranos, ricos y pobres, miraflores y chalacos que tienen siempre un espacio para el rencor y el escarmiento.

La violencia compulsiva en este universo es una conducta cotidiana, casi una disciplina de fricción para que funcione el mecanismo del colegio; pues en la base de la convivencia escolar el criterio que rige todo el esquema es el de poder y no poder. En dicha bipolaridad se ordenan machos / cobardes; hombres / maricones; ganadores / perdedores; pendejos / lornas... y configuran esta Babel educativa donde predominan la violencia y el machismo. Aquí, el papel que juega Ricardo Arana es penoso. Sus compañeros lo llaman "cojudo" y también "rosquete". No solo es el "punto" de la sección, sino que además carga con el estigma de "mariquita". De este modo, Arana encarna a un personaje bifronte: es el "lorna" y el "maricón". Su condición de Esclavo lo ubica en la escala ínfima de la jerarquía estudiantil y lo convierte, además, en un perdedor absoluto y él lo sabe. Hasta Alberto Fernández, su único amigo, se burla de él e incluso lo traiciona.

En la antípoda está el Jaguar, de quien no se conoce su nombre a pesar de que, hacia el

final, cobra una dimensión predominante en la novela: es dueño de la voz que enhebra todas las historias. Al comienzo parece ser solo un personaje violento y maligno. Casi el mismo demonio: "El diablo debe tener la cara del Jaguar —en las introspecciones del Poeta—, su misma risa y, además, los cachos puntia-gudos". Gracias a una voz soterrada, el lector recibirá información sobre él: por ejemplo, es el único que decide ingresar al colegio militar, mientras que los demás son obligados por sus padres.

Será en el Epílogo de la novela que se aclara la procedencia de esa voz íntima y castigada que atraviesa la historia. Es la voz del Jaguar y a él lo hemos ido conociendo en la ciudad —en su barrio pobre— y sometido a los infortunios de su familia. Será en el colegio, como líder, que el Jaguar muestra su lado más despiadado y violento. Es quien organiza el Círculo apenas ingresados, porque advierte que la única manera de sobrevivir en ese medio es la demostración de un machismo sin fisuras. El Jaguar viene de otra jungla —la calle—, donde ha aprendido a trompear-se, emborracharse y delinquir. Pero también ha aprendido una máxima en un código de enfrentamiento y resistencia a la ley: no ser jamás desleal, nunca un soplón. Es así como se convierte, desde el primer día, en el personaje más temido y admirado de la sección. Él tiene conciencia de su condición de héroe ante sus compañeros: "En el colegio todos friegan a todos, el que se deja se arruina. No

es mi culpa. Si a mí no me joden es porque soy más hombre. No es mi culpa”.

En *La ciudad y los perros*, como ocurrió con el cuento “Los jefes”, la institución y sus autoridades se ven robustecidos a pesar de las insurgencias de los estudiantes. Ni la huelga en el cuento, ni la muerte de Arana han conseguido resquebrajar el orden de la escuela. El coronel del Leoncio Prado, como el director del colegio San Miguel han salido airoso de los desórdenes causados por los estudiantes; a pesar de que ambas autoridades son mostradas con poca simpatía y cuya aparien-

cia no va en consonancia con su autoridad. Mientras que los estudiantes fracasan. Hacia el final de la novela, en el Epílogo, el diálogo entre Gamboa y el Jaguar sella el desencanto que nos deja la institución. Para plantearlo bajo la perspectiva de un antiguo conflicto, podemos afirmar que ha vencido la barbarie del colegio sobre una tentativa civilizadora: “—El caso Arana está liquidado —dijo Gamboa—. El Ejército no quiere saber una palabra más del asunto. Nada puede hacerlo cambiar de opinión. Más fácil sería resucitar al cadete Arana que convencer al Ejército que ha cometido un error”.